

¿Qué quiere decir cristiano? Á mí me tiene sin vida, y á su madre la pueden ahogar con un cabello.

—Eso (le dijo el P. Ambrosio) no es mal de ojo; más bien pudiera llamarse mal de ojos. Si tú fueras un hombre completo, capaz de coserte la boca, con la ayuda de Dios, que todo lo puede, haríamos algo.

—Dígame V. (prorrumpió el de la Casa-alta) que me tire de este barranco abajo, y me verá V. caer de cabeza en menos que canta un gallo.

Guardó silencio el P. Ambrosio, y callados los dos y pensativos, se fueron perdiendo poco á poco en la verde profundidad de los pinares.

IX.

El agua que bajaba despeñada de la cumbre y que hacía rodar la piedra del molino, no se precipitaba furiosa en el cubo, sino que, lamendo silenciosamente el tablacho que le cerraba el paso, se deslizaba con todo el sosiego del que se pasa la vida mano sobre mano. La piedra, por consiguiente, descansaba inmóvil sobre su asiento, ni más ni menos que una reina en su trono; y, está claro, la taravilla, asombrada de tanto reposo, no acertaba á decir esta boca es

mía. A su vez los costales, repletos unos de trigo y otros de harina, recostados en los rincones, callaban como muertos: ¡ya se ve! Como que tenían las bocas atadas.

Dentro del molino no se oía ni el vuelo de una mosca; todo era en él quietud y silencio: parecía un sepulcro. La vida, el movimiento y el ruido estaban fuera, debajo del emparrado, y allí era ella.

El tío Blas delante de la mesa cubierta con la manta, mano á mano con sus compañeros de *truco*, se hallaba en todo el esplendor de su gloria: le daba el naípe, y hacía cada *flor* que temblaba la tierra. ¡Qué modo de ligar las cartas! Alrededor de la partida se agrupaban los hombres más notables de la cortijada; la aristocracia de la comarca: el tío Merino, que sirvió en caballería y tenía su licencia de soldado raso, un *chirlo* en la cabeza y una cruz de plata en el chaleco; el tío Bocaza, personaje de pocas palabras, que se echaba á cuestras un costal de trigo, levantándolo con los dientes; el tío Zurdo, tirador de barra; el tío Roncas, que se las echaba al lucero del alba; el tío Marcos, siempre encogido de hombros; el tío Burdo, saco de chilindrinas; en fin, la flor y nata de aquellos contornos.

El porrón del aguardiente iba y venía como una lanzadera, tejiendo palabras y bordando conversaciones.

Más allá, entre la casa y el molino, se había establecido el salón de baile. Allí, al son de la guitarra y al repiqueteo de las *postizas*, copla va y copla viene, se zarandeaba un ramillete de mozas capaz de resucitar á un muerto. Ginesa, con sus trenzas largas y negras como una noche de invierno; Verónica, con su aire de princesa y su voz de monja; la Paca, que pisa como las pájaras de las nieves y se dobla como un junco; la bizca, que mira de reojo y tuerce también la boca y se ríe de un entierro; Marta, la coja, que canta en la mano; las tres hijas de la tía Changa, que hablan por los codos. Esto es, lo más florido, lo más *comm' il faut* de la cortijada.

Lucían guardapiés listados, en que se mezclaban los vivos colores del arco iris, y pañuelos, ya azules, ya amarillos, de rosa ó de color de púrpura, rameados, con grandes flores, como si cada uno de ellos contuviera toda una primavera.

¿Qué ocurría? ¿Por qué el molino tan mudo y la gente tan alegre? Sucedió pura y simplemente que era domingo.

En Madrid, en que no es el trabajo la pasión dominante, los días de fiesta vienen á ser el fastidio de los que pasan la vida en la vagancia de la opulencia. ¿Qué han de hacer en esas veinticuatro horas mortales? ¡Oh! Aburrirse. Es el día del vulgo que pasa la semana en el taller,

en el escritorio, en las faenas del trabajo; hay que dejarle los paseos, los teatros y hasta las calles. La pereza, tan activa durante la semana, bosteza. ¡Un domingo! ¡Dios mío, qué día de tan mal gusto! Pero allí donde el trabajo es la vida, el descanso es la alegría. Se esperan los domingos como amigos que se ven de tarde en tarde, y se les recibe echando la casa por la ventana.

Las manos que manejaban la guitarra tenían los diablos en los dedos, porque les hacían hablar á las cuerdas; las coplas salían echando chispas, algunas levantaban ampolla, y al repiqueteo de las *postizas* saltaban los pies, ni más ni menos que si la sangre les hiciera cosquillas.

¿Y dónde estaba Lucía? Lucía estaba allí. Pero entendámonos; estaban allí sus ojos magníficos, que no sabían dónde fijarse, su boca llena de gracia, que quería sonreír; allí estaban su cabeza, su talle, toda ella, menos su pensamiento, menos su corazón, que Dios sabe dónde estarían.

En el momento en que el baile era más vivo, la guitarra calló, como si á la vez se le hubieran roto todas las cuerdas; las *postizas* enmudecieron, y las parejas se quedaron sin movimiento. Se habían oído dos detonaciones próximas al lugar de la fiesta, y se oían voces confusas de niños, de mujeres y de hombres que se acerca-

ban. Algunos chicos corrían hacia el molino, gritando:

—¡ Rabia! ¡ Rabia!

Estas voces sembraron el espanto; las mujeres se ocultaron detrás de los hombres. Antes que pasara la impresión de la sorpresa, apareció, subiendo del valle, un perro enorme, cuyos ojos trémulos chispeaban, lanzando miradas feroces; sus fauces entreabiertas babeaban y descubrían agudos colmillos; temblaba, se estremecía mostrando el lomo erizado; pero de su boca, encendida como el fuego, no se escapaba ni un solo aullido.

—¡ Rabia! —repitieron todos los circunstantes al verlo; y cada cual se preparó á defenderse como pudiera de tan terrible enemigo.

—¡ Una escopeta! —gritaron algunos; pero la escopeta no parecía por ninguna parte.

El perro se detuvo, y paseó la ardientemirada, buscando la víctima en que había de clavar los dientes envenenados.

Pronto eligió una, y lanzándose á ella con impetu furioso, sin que fuera posible impedirlo, le clavó con feroz encono los cuatro colmillos.

Un grito resonó entre los espectadores de esta rápida escena, y el perro retrocedió, dispuesto á defenderse.

En aquel momento se oyó una voz que decía:

—*El Saludador, el Saludador.*

Y así era la verdad, porque el tío Juan el de la Casa-alta bajaba á todo correr por la pendiente del barranco, y sin detenerse arrojó lejos de sí el palo de fresno que llevaba en la mano, y se dirigió á la fiera, tranquilo é indefenso.

La presencia del *Saludador* reanimó los semblantes, como si el peligro hubiese pasado; al terror sucedió la curiosidad, y las mujeres, creyéndose ya seguras, se empeñaron entonces en ocupar la primera fila.

Cruzóse de brazos el *Saludador* delante del perro, á dos pasos de sus ojos inflamados y de sus fauces ensangrentadas, y la fiera se erizó de nuevo, replegándose para hacer más violenta la acometida; pero no se movió: con la mirada fija en el hombre que venía á provocar su rabiosa ira y la cola caída é inmóvil, permaneció como clavada en la tierra; no se advertía en ella más movimiento que el de su respiración abrasada.

Entonces el *Saludador* dió otro paso, inclinando su cabeza sobre la cabeza del perro.

Era el momento decisivo: ó la fiera, ó el hombre: se habían acertado las distancias, de manera que no había más remedio que matar ó morir. El golpe debía ser seguro, rápido y mortal, porque el perro mordería mientras le quedara un aliento de vida. Era preciso destruirlo de un solo golpe, golpe semejante al rayo.

La fiera enseñaba sus dientes, prontos á cla-

varse; pero el *Saludador* no tenía en sus manos arma alguna con que deshacerse de su enemigo.

Era una lucha desigual, en que todas las probabilidades estaban por el perro. Un inglés no habría tenido inconveniente en jugarse un millón de libras esterlinas en favor de la fiera; pero aquellas gentes, que no perdían detalle del espectáculo, parecían seguras del triunfo del hombre, y poco á poco iban estrechando el círculo con que rodeaban á los dos combatientes.

Amenazaba el perro, pero no acometía. De pronto corrió un estremecimiento convulsivo bajo su piel erizada, y cayó sobre sus pies, que ya se negaban á sostenerle; intentó huir, y no pudo, y enseñó los colmillos con feroz amenaza. Parecía decidido á defenderse hasta el último momento.

Llegó el instante supremo: el *Saludador* acercó más su cabeza á la cabeza de la fiera, y como si quisiera provocar toda su furia con el último ultraje, le escupió en el hocico. Tembló la fiera; sus ojos inflamados se obscurecieron, buscó apoyo en sus manos vacilantes, no lo encontró, y cayó desplomada.

Irguióse el vencedor, se echó el ala del sombrero sobre los ojos, y dando media vuelta, le volvió la espalda al enemigo vencido.

El perro estaba muerto; pero se le veía el lomo erizado; aún brillaban sus ojos encendidos,

y todavía sus fauces entreabiertas dejaban ver los colmillos afilados.

Había muerto bajo el furor de la rabia y había muerto mordiendo; más aún: mordía después de muerto.

X.

Muerto el perro, se acaba la rabia. Eso se dice siempre, pero no siempre sucede, y en el presente caso no sucedía, porque había una persona mordida, y en su sangre dejaba el perro muerto el veneno de la rabia.

La tarea del *Saludador* no se hallaba terminada, y se le pedía á su *gracia* un nuevo prodigio. Era preciso detener el veneno inocularado ya en las venas, ó, lo que es lo mismo, apagar el relámpago, ahogar el trueno y detener el rayo.

En el molino estaban curando al herido, y allí fué el tío Juan el de la Casa-alta, á realizar el portento, con la misma naturalidad que si fuera á beberse un vaso de agua.

Entró, y se encontró que los cuatro colmillos del perro se habían clavado en el brazo derecho de Cristóbal. Las cuatro heridas formaban cuatro puntos marcados por cuatro gotas de sangre que se desprendían para renovarse; alrededor

de ella se extendía un círculo amoratado que iba subiendo de color, y la piel relucía y se estiraba empujada por la hinchazón, que empezaba á aumentar el volumen del brazo.

Lo que pasó por el *Saludador* al ver á Cristóbal, él solo lo supo; pero es el caso que sus cejas se contrajeron y que sus dientes rechinaron sordamente. ¿Quería decir con esto que su poder no alcanzaba á detener la acción del veneno en la sangre del herido?

Acercóse á Cristóbal, lo miró atentamente, y le dijo:

—Muchacho, ¡por vida de mi padre!; tú rabiarás antes de tres horas: el perro estaba en su punto, y tu sangre no necesitaba tanto fuego para arder como una yesca. Va á ser preciso atarte.

—¿Y no hay remedio?—preguntó uno de los presentes.

—¡Remedio! (exclamó el *Saludador*.) Dios lo puede todo, y Dios dirá. Ahora que vaya uno en busca del P. Ambrosio, y que esté aquí en menos que se dice. Vosotros salid fuera.

Quedáronse solos dentro del molino Cristóbal y el tío Juan. Este último pronunció lentamente, y en voz baja, las siguientes palabras:

—Muchacho, tú tienes el diablo en el cuerpo, y no puedo curarte si no lo echas. El padre Capellán es un santo; abócale el costal de tus culpas,

que no será flojo; ponte bien con Dios, y luego hablaremos.

Cristóbal miraba al *Saludador* con ojos desecados; sentía el escozor punzante de las heridas, y estaba pálido como la muerte.

—Bueno (siguió diciendo el tío Juan). Piensa bien lo que tienes encima, y no te dejes nada en el saco, porque si te dejas algo, aunque sea como la punta de una uña, no tendré yo *gracia* para curarte, y morirás rabiando como un perro.

Dicho esto, examinó las heridas, añadiendo:

—El brazo se hincha, y el padre Cura tarda.

—No tarda,—dijo el P. Ambrosio entrando.

Llegaba el buen sacerdote echando el alma por la boca; había corrido, y sus piernas no se prestaban ya á tan activo servicio; los achaques de los años las tenían jubiladas.

—¡Ajajá! (exclamó el *Saludador*.) Esto es venir por los aires. ¡Ea! Ahora, á vaciar la carga. Tienes la vida en tus manos.

El P. Ambrosio se sentó en un costal junto á Cristóbal, y el tío Juan salió del molino, cerrando la puerta.

Antes que le preguntaran los que se agolparon al verle, dijo:

—¡Chist!... Silencio; está confesando.

—¡Se muere!—exclamaron.

—Puede que no se muera (les contestó); pero

si se empeña en rabiarse, reventará como una bomba. ¡Tío Blas! (añadió, dirigiéndose al molinero): ¿y la tía Martina?

—Por ahí anda (contestó el tío Blas), hablando más que una cotorra.

—Así quiere.... ¡Canastos! Ha sido la mejor moza que ha pisado la tierra. ¿Se acuerda V., tío Blas, cuando andaba V. detrás de sus pedazos? ¡Por vida del demonio, qué tiempos aquellos, en que la corríamos juntos! Pues Lucía no le va en zaga á su madre. Si yo tuviera veinte, otro gallo me cantara. Tío Blas, ese grano de oro pide boda á voz en grito.

El tío Blas arqueó las cejas y se puso el dedo en la frente, diciendo:

—Eso ya lo tengo yo aquí, y estoy esperando al novio como llovido del cielo.

—¿Lo espera V. de arriba?—le preguntó el *Saludador*.

—De arriba lo espero (contestó), como el agua de Mayo.

Lo que iba á decir el *Saludador* se le quedó dentro del buche, porque al pronunciar la primera palabra abrió el P. Ambrosio la puerta del molino, dejando ver el rostro lleno de alegría: en sus ojos leyó el tío Juan todo lo que deseaba saber. Al mismo tiempo vió acercarse al corro á la tía Martina, y le dijo:

—Viene V. de molde; parece que la han lla-

mado á V. con una campanilla. Entren Vds., porque el novio va á caer por la chimenea.

El tío Blas y la tía Martina siguieron al *Saludador*, que entró en el molino. Se dirigió á Cristóbal, que esperaba con la cabeza caída sobre el pecho; le levantó la frente, y le vió los ojos húmedos.

—¡Ánimo! (exclamó.) Esta cara ya es harina de otro costal: se ha salvado tu alma, y ahora vamos á salvar tu vida. ¡Voto al chápulo! Vamos á salvar dos vidas. ¡P. Ambrosio! Un alma y dos vidas.... Me parece que hemos echado el día.

Diciendo así, cogió el brazo de Cristóbal, preguntándole:

—Vamos á ver: ¿tú quieres ser testigo?

Cristóbal miró fijamente al *Saludador*, sin despegar los labios, y éste siguió diciendo:

—Has de saber, muchacho, que yo he llegado á tiempo, porque venía en busca del tío Blas, ni más ni menos que para proponerle una boda; si no me ocurre esta idea, no vengo, el perro te muerde, y rabias, rabias sin remedio.

—Pero ¿qué boda es esa?—preguntó el tío Blas.

—La de Lucía (contestó el *Saludador*). La cosa es clara.

La tía Martina hizo un gesto de asombro, exclamando:

—¡De Lucía! ¿Y con quién?

—Allá va todo lo que hay dentro (contestó el tío Juan). Con Salvador, con mi hijo. No haga V. visajes, tía Martina: los muchachos se quieren más que á las niñas de sus ojos. Salvador cantó de plano, y ya está dicho. Cristóbal, habla tú; á ti te toca el primero.

Cristóbal tendió la mano izquierda al P. Ambrosio, que la estrechó en las suyas, y haciendo un esfuerzo, contestó:

—Yo digo que Dios lo quiere.

Bajó los ojos, y se le cayeron dos lágrimas.

—Tío Blas (dijo el *Saludador*). Ahora á V. le toca, y asunto concluido.

El molinero puso la mano sobre la boca de su mujer, para que no saliera por los cerros de Úbeda, y en voz alta, para que todos lo oyeran, se apresuró á decir:

—Yo también quiero, y no me vuelvo atrás si me ahorcan.

Las últimas palabras iban derechas á cerrar la boca de la tía Martina.

Entonces el *Saludador* aplicó los labios al brazo de Cristóbal, chupando la sangre de las cuatro heridas, y escupió cuatro veces consecutivas. Luego se humedeció en la boca el dedo índice y lo aplicó á una herida, haciendo lo mismo con las tres restantes. Por último, mascó miga de pan, cubrió con ella las heridas, y vendó el brazo, diciendo:

—Ya puedes dormir á pierna suelta.

El prodigio se había consumado.

Á Cristóbal se lo llevó el P. Ambrosio, y el *Saludador* se volvió á la Casa-alta, trepando por aquellos riscos lo mismo que una cabra.

Aquí terminó el relato, y yo pregunté al que acababa de hablar:

—Y bien: ¿vivió Cristóbal?

—Vive,—me contestó.

—No rabiaria el perro,—le advertí.

Me miró con asombro, y me replicó muy formalmente:

—Sí, señor; el perro rabiaba.

Era ya media noche, saludé á los que estaban en la cocina, y fui á acostarme, sin saber qué pensar de lo que había oído.



EL CORAZÓN Y LA CABEZA

TOMO VIII.

18